

porque ya existía esa idea en la sociedad, y no solamente en la sociedad alemana, a la que se agregaba el trauma de haber sufrido la derrota en la Primera Guerra Mundial. Hitler y otros asociaron a los judíos con esa derrota y con los peligros del comunismo y del capitalismo. Los judíos representaban un grupo muy poderoso en la City de Londres, en Wall Street y en la cúspide del aparato bolchevique de Moscú: de aquí a su demonización había un corto trecho. Con los nazis fue en aumento la persecución contra ellos: Hitler llegó a decir que si hubiese otra guerra habría que aniquilarlos totalmente en Europa. Partiendo de esta concepción, hubo que recorrer pocos pasos hasta iniciar la guerra contra el bolchevismo, el exterminio de los judíos, el genocidio y «la solución final». Se trata de una sucesión de pequeños pasos que se van encadenando hacia terribles consecuencias.

*—¿Cuáles fueron los principales errores militares de Hitler en la Segunda Guerra Mundial?*

—El error militar más grave fue su idea de poder destruir la Unión Soviética en tan sólo cinco meses. Pero ese error no era solamente suyo, puesto que otros líderes militares pensaron que podrían destruirla aún en menos tiempo. Sin embargo, creo que no podemos hablar de uno o de algunos errores militares responsables de la derrota alemana: el error principal, por su desmesura, era el objetivo global de obtener el dominio total de Europa a través de medios militares. Esto dio lugar a que las tres fuerzas armadas más importantes del mundo de entonces, las de Estados Unidos, la Unión Soviética y el Reino Unido, comenzaran su lucha contra Alemania.

*—¿Existió en algún momento la posibilidad de que Alemania ganara la guerra?*

—No. Creo que a largo plazo era imposible la victoria alemana. El sistema nazi no tenía ninguna posibilidad de consolidarse, porque la guerra estaba en su centro, era la base de todo. Incluso si la guerra hubiera continuado durante más tiempo, habrían salido otras fuerzas capaces de terminar con Alemania.

*—¿Cómo se explica el ejercicio absolutamente personal del poder por parte de Hitler?*

—La clave está en el culto al *Führer*. Hitler era muy popular entre las masas, e incluso en las élites existían grupos muy importantes que creían

en él ciegamente, que estaban contentos y aceptaban trabajar dentro del marco de su ideología. Ese culto ciego disminuyó la posibilidad de que surgiese una oposición. Las fuerzas que actuaban en el interior del régimen estaban dispuestas a ejecutar sus tareas como ellas pensaban que Hitler querría, es decir, sin necesidad de ningún mandato concreto de su parte. Pero se trató de un proceso que duró varios años, hasta que el *Führer*, tras eliminar todas las restricciones a su gobierno, conquistó un poder absoluto. Tanto que en los últimos años de la guerra, cuando era obvio que Alemania iba a ser derrotada, Hitler pudo incluso decidir que no habría capitulación, que el país llegaría a la derrota total, a la destrucción, sin ninguna otra alternativa política, sin rendirse.

*—¿Cómo dirimía Hitler las tímidas oposiciones a su poder que eventualmente podían presentarse en las fuerzas armadas o en su partido?*

—Realmente no tuvo necesidad de neutralizar ninguna oposición, sobre todo hasta finales de 1941, porque sus ambiciones ideológicas se correspondían perfectamente con las de la *Wehrmacht*. Y si algún militar, individualmente, manifestaba su opinión a una determinada política del *Führer*, se lo aislaba y obligaba a dimitir. Así ocurrió, por ejemplo, con el general Ludwig Beck, jefe del estado mayor general del ejército, en 1938 (posteriormente, el 20 de julio de 1944, Beck sería ejecutado por su participación en la conspiración contra Hitler). Pero la mayoría de los jefes militares eran leales e incluso fanáticos seguidores del *Führer*, y lo apoyaron hasta el final.

*—Sin embargo, ya avanzada la guerra, hubo generales que no aprobaban la conducción militar de Hitler. ¿Por qué no lograron articular una oposición eficaz contra el régimen?*

—Sí, muchos generales cuestionaron la estrategia de Hitler, pero una cosa es cuestionar y otra muy distinta oponerse y poder organizar esa oposición. Era muy difícil hacerlo en un Estado policial y dentro de un sistema fragmentado de poder: la única manera hubiera sido derrocándolo. Hubo algún intento; no obstante, la rebelión era inconcebible para la mayor parte de los militares, incluso los discrepantes, que continuaron siendo leales. Cuando el mariscal de campo Erich von Manstein, que se había atrevido varias veces a sostener opiniones contrarias a las de Hitler hasta que fue destituido, fue sondeado por un grupo opositor acerca de su eventual intervención en un golpe de Estado, respondió tajantemente: «Los mariscales de campo

prusianos no se amotinan». Era muy difícil montar una operación de oposición, sobre todo en las condiciones bélicas que se vivían, y más aún un ataque contra el *Führer*. Entonces los dirigentes opositores llegaron a la conclusión de que era imposible contar con el apoyo de los generales, por lo que había que procurar obtener el de los coroneles. El 20 de julio de 1944 se produjo el atentado contra Hitler del coronel von Stauffenberg, que falló por circunstancias totalmente fortuitas, y luego se intentó organizar un golpe de Estado. Pero, en verdad, era extremadamente difícil conseguir este objetivo.

*—¿Se puede dar en nuestra época un fenómeno totalitario equivalente al nazismo?*

—No. Creo que es muy poco probable, a menos que ocurran ciertos hechos que no podemos imaginar hoy, como pueden ser un cataclismo económico o, por ejemplo, una guerra muy grave en Europa que, pienso, no podría darse en Europa occidental. Sí que podemos cuestionar la estabilidad de Europa del Este, y concretamente la de Rusia, pero en definitiva creo que el fenómeno del totalitarismo en Europa pertenece al pasado, no al presente ni al futuro.

*—¿No cree que las guerras que se han sucedido en la ex Yugoslavia resucitaron fantasmas familiares del nazismo, como la pureza racial y la limpieza étnica?*

—Lo que ocurrió en la ex Yugoslavia, sobre todo lo referente a la limpieza étnica, fue algo terrible, qué duda cabe, pero no me parece pertinente compararlo con el nazismo. Milosevic era un dictador regional, y los conflictos nacionales y étnicos que estallaron tenían un alcance local, no llegaban a encarnar una amenaza para el conjunto de Europa. Todo esto es incomparable con la esencia y magnitud de los acontecimientos que desató Hitler.

*—El neonazismo y otros movimientos de extrema derecha europeos, como el de Jörg Haider en Austria, gozan de un cierto vigor que no deja de ser inquietante. Hoy esgrimen un argumento nuevo: la inmigración masiva hacia Europa occidental de personas provenientes de otras regiones, algo inexistente en la época de Hitler.*

—Se está exagerando un poco la escala de la inmigración que está teniendo lugar hoy en día. La inmigración es necesaria para la economía de Euro-

pa occidental, que precisa mano de obra; los grandes movimientos de población que se registran se deben a un aumento de la libertad de circulación de las personas y a la globalización. Ciertamente, este fenómeno está siendo tergiversado y agitado por los partidos ultranacionalistas. Hay que tener cuidado con movimientos como el de Jörg Haider, porque representan una cierta amenaza para la sociedad de Europa occidental. No es una amenaza comparable a la de Hitler, ni es una amenaza para la democracia en sí, aunque no hay que dejar de prestar atención a casos como el de Haider. Ahora bien, no debemos confundirnos ni extrapolar con ligereza épocas distintas: Haider no es Hitler. Y, por otro lado, los neonazis constituyen una peste social, pero están muy lejos de contar con posibilidades reales de alterar la estabilidad de los sistemas políticos imperantes. Esto no excluye la necesidad de que las instituciones de la Unión Europea intervengan para controlar las amenazas provenientes de la ultraderecha.

*—¿Qué opina de las tesis del politólogo norteamericano Daniel Jonah Goldhagen, expuestas en su libro Los verdugos voluntarios de Hitler, acerca de la colaboración masiva del pueblo alemán en el Holocausto?*

—Me parece, en primer lugar, que el suyo es un libro muy exagerado, que simplifica demasiado la situación que analiza. Es verdad que existió en Alemania un nivel de complicidad con el régimen nazi mayor de lo que se pensó en un principio, pero de allí a sostener que toda la sociedad alemana era antisemita y que estaba esperando el momento oportuno para erradicar a los judíos hay un abismo. Es una afirmación totalmente falsa.

*—¿La condescendencia inicial de las potencias occidentales con Hitler se debió a la pretendida utilización de Alemania como dique de contención de la Unión Soviética?*

—Sí, en parte. Pero hay que tener en cuenta que la sociedad había sufrido el trauma de la Primera Guerra Mundial y que la opinión pública quería, ante todo, evitar otra contienda, aunque del otro lado había un político que estaba empeñado a toda costa en desencadenarla. Por supuesto, en este contexto también jugaron los intereses de la lucha antibolchevique de los gobiernos occidentales.